



En el aula Miguel Valero

«Dejen sus armas aquí antes de entrar»

Esa es la frase que podía leerse en carteles a la entrada de muchos pueblos del lejano oeste: «Dejen sus armas aquí antes de entrar», tal y como vimos en muchas películas, como la genial *Rio Bravo*, de Howard Hawks.

En esas escenas pienso cuando surge el tema de conversación de los móviles en el aula. Siempre hay alguien que sugiere imponer una norma que obligue a los alumnos a dejar sus móviles en una caja a la entrada del aula y que solo puedan recogerlos al salir de ella. La verdad es que, ciertamente, esto de los móviles en el aula es un quebradero de cabeza. Tengo un par de anécdotas interesantes al respecto.

Hará ya unos tres años. Estaba escribiendo un algoritmo en la pizarra. Me giré hacia mis alumnos para ver si me estaban siguiendo. Vi que todos estaban copiando el algoritmo en sus libretas. Todos menos uno, que estaba jugueteando con su móvil. Eso me irritó, pero seguí escribiendo en la pizarra. Cada vez que me giraba lo veía a él, allí jugando con su móvil, ignorando lo que estaba pasando en la pizarra. Mi irritación iba en aumento. Cuando acabé de escribir el algoritmo, me dirigí con determinación hacia el individuo con el propósito de reprobar su actitud. Pero cuando estaba a su altura me dijo: «Profe, ¿puedes apartarte un momento?». Entonces cogió el móvil y tomó una foto de la pizarra. Me quedé unos segundos desorientado y con dudas de si no debería más bien reprobar a todos los demás, porque al final resultó que el único con mentalidad de ingeniero era él, que consiguió el objetivo (una copia de mi algoritmo) con el menor esfuerzo posible y sin errores (al menos, no más de los que yo hubiese cometido en la pizarra). Por supuesto, ni lo reprobé a él ni a los demás. Regrese a la pizarra derrotado y acabé la clase cómo pude. Ya no le di mucha más importancia al tema y en todo caso, quedé como una anécdota divertida para contar a la hora del café.

Hace un año la cosa fue peor. En esta ocasión, mis alumnos estaban resolviendo en clase un ejercicio de programación en C#, con papel y lápiz. Yo paseaba por el aula supervisando la tarea y resolviendo dudas. De nuevo, me fijé en un alumno que no parecía hacer caso de la tarea y estaba jugando con su móvil. Ahora ya no había duda. Me dirigí a él y le dije con evidentes muestras de enfado: «¡Deja ya el móvil y ponte con el ejercicio!». Él contestó: «Pero profe, ¡si estoy compilando!».

Efectivamente, me mostró un *app* que tenía y que le permitía compilar código en C#, que usaba para detectar los errores. En fin, os aseguro que nunca más me atreví a decirle nada a los alumnos que cogen el móvil en clase, aunque estoy seguro de que la mayoría lo usan para cosas que no me gustarían.

En todo caso, estas y otras anécdotas ayudan a alimentar un debate apasionante. No deja de ser contradictorio que siendo el móvil quizá el dispositivo que más fácil y rápidamente nos pone en contacto con una abrumadora cantidad de información, en los centros educativos estemos calentándonos la cabeza para ver cómo podemos impedir su uso en clase, si prohibiéndolos o instalando inhibidores de frecuencia. No hace mucho salió la noticia en la tele. Un centro de secundaria había aprobado una norma para impedir a los alumnos llevar el móvil a clase, cosa que explicaban con orgullo, mereció el aplauso de muchos y ocupó unos minutos en el telediario.

A mí hace tiempo que me obsesiona un poco la idea de crear en las asignaturas que imparto las condiciones necesarias para que pueda decirles a mis alumnos: «No olvidéis traer el móvil a clase, y con la batería a tope, porque lo vais a necesitar». Incluso esto: «Y avisad a vuestros 100 mejores amigos de Facebook de que estén alerta, porque quizá necesitéis su ayuda». Para ser más específico, me gustaría ser capaz algún día de plantear un examen en el que las instrucciones previas fuesen esas. ¿Qué características debería tener ese examen? La verdad es que no es una pregunta fácil de resolver. O quizá



Miguel Valero García es profesor del Departamento de Arquitectura de Computadores de la Universidad Politécnica de Cataluña. Ha sido Jefe de Estudios de la Facultad de Informática de Barcelona, Subdirector del Instituto de Ciencias de la Educación y Director de la Escuela Politécnica Superior de Castelldefels.

Es autor de numerosos artículos sobre innovación docente e imparte con frecuencia talleres de formación del profesorado sobre diferentes aspectos relacionados con la innovación docente en el marco del Espacio Europeo de Educación Superior. Más información sobre su trabajo puede encontrarse en su página web: <http://epsc.upc.edu/~miguel%20valero/>

sí, porque, en realidad, debería ser simplemente una situación similar a muchas de la vida real, en las que todos apreciaríamos a una persona capaz de encontrar ayuda rápidamente para resolver los problemas que no puede resolver por sí mismo. Pero sé muy bien que eso es más fácil de decir que de hacer, porque una cosa es la vida real y otra muy distinta el aula.

En todo caso, voy dando pequeños pasos hacia ese objetivo. No hace mucho, gracias a una compañera de la Universidad Autónoma de Madrid (María, gracias de nuevo), conocí una *app* para móvil que se llama Kahoot. Permite plantear preguntas tipo test, que los alumnos responden en clase a través de sus teléfonos móviles. Es ideal para interrumpir las explicaciones de vez en cuando, y plantear cuestiones en modo “concurso a ver quién responde antes”. Disfruté mucho la primera vez que lo usé, sobre todo el día anterior cuando por fin

pude pronunciar la frase que tanto deseaba pronunciar: «No olvidéis traer mañana el móvil, porque lo necesitaréis».

El asunto de poner exámenes en los que los alumnos necesiten su móvil me parece más difícil, pero algún día lo conseguiré. O quizá no, porque en realidad de lo que tengo ganas es de eliminarlos ya de una vez, que no hacen más que darme disgustos (los exámenes digo).



2015 M. Valero. Este artículo es de acceso libre distribuido bajo los términos de la Licencia Creative Commons de Atribución, que permite copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra en cualquier medio, sólido o electrónico, siempre que se acrediten a los autores y fuentes originales